

# Devociones Populares en Costa Rica

---

*Leopoldo Galdámez, S.J.*

## Introducción

Con frecuencia se dice que el costarricense es, en muchos aspectos, diferente del resto de centroamericanos. Pero en el campo de lo que conocemos como religiosidad popular o devociones populares, las diferencias se limitan sólo a algunos modos de expresión; en el fondo, no existe diferencia alguna. En efecto, al igual que los demás pueblos latinoamericanos, somos herederos de las tradiciones religiosas traídas por los españoles y que enraizaron profundamente en nuestra gente.

Por otra parte, si bien es cierto que la moda del “laicismo” e indiferencia religiosa parecieran ir ganando terreno, en el fondo una gran mayoría de católicos conservan y practican, a su modo, las devociones heredadas. Basta con ver, por ejemplo, la participación en la romería a la basílica de Nuestra Señora de los Angeles, a finales de julio y comienzos de agosto y que en su momento hablaremos de ella, la tradición del Rezo del Niño en el mes de enero o en la asistencia a la misa dominical, para darnos cuenta que aunque los modos de expresión puedan ir cambiando un poco, las devociones religiosas están aún muy arraigadas.

Estudios recientes sobre este tema no existen. El más completo y detallado estudio sobre religiosidad popular lo encontramos en la Revista *SENDEROS*<sup>1</sup> (n° 21-22), del Instituto Teológico de América Central (ITAC). Aquí, en una edición monográfica, el Lic. Carlos María Campos Jiménez, recoge un estudio detallado, haciendo un recorrido histórico-descriptivo de las devociones en Costa Rica. Comparando dicho estudio con lo que hoy vemos en nuestras parroquias, nos percatamos que la situación no ha cambiado. Por ello, hemos tomado dicho estudio como base para lo

---

<sup>1</sup> Instituto Teológico de América Central, *Revista Senderos*, n° 21-22, Octubre 84-Abril 85, San José, Costa Rica.

que a continuación expondremos. Haremos un recuento de algunas formas de expresión de las devociones religiosas más arraigadas en Costa Rica, que teniendo su origen en la Colonia, hoy se conservan vivas entre nuestra gente.

### **Herencia del pasado**

Al igual que en toda Latinoamérica, las devociones religiosas en Costa Rica tienen sus raíces en la época colonial. El proceso de cristianización de los indígenas que habitaban parte del territorio costarricense, se inició en 1522, cuando Gil González de Ávila recorrió, viniendo de Panamá, nuestra costa del Pacífico. Según Monseñor Thiel, segundo obispo de Costa Rica, fueron miles los que se bautizaron entonces y con ello se les empezó a considerar como cristianos, aunque esto no significaba que estuvieran convertidos pues, como señalan las crónicas de la época, se les llamaba cristianos pero conservaban sus tradiciones paganas. Con la expedición del Lic. Juan de Cavallón y del Padre Juan de Estrada Rávago se inició en forma sistemática la colonización de Costa Rica y con ello el proceso de evangelización. Efectivamente, el Padre Estrada Rávago y Fray Pedro de Betanzos, fueron los primeros misioneros en adentrarse al interior de nuestro territorio. Ambos aprendieron las lenguas indígenas para facilitar la predicación y enseñanza a los naturales de estas tierras.

Una vez establecidas las primeras poblaciones, los españoles comenzaron a organizar la vida socio-religiosa conforme a los patrones usuales en España en aquella época. Así, nos encontramos con que las prácticas religiosas en los siglos XVI, XVII y XVIII no eran actos individuales propios del fuero interno de cada persona y como tal, determinados por su voluntad. Establecidas por la Iglesia, constituían entonces una obligación general. De ahí que toda fiesta religiosa solemne pasaba a ser fiesta de la comunidad y correspondía a las autoridades eclesiásticas controlar el cumplimiento de dichas obligaciones, para lo cual acudían a la autoridad civil cuando era necesario.

Conforme a la época, la fiesta del Corpus Christi era la que se celebraba con mayor pompa y solemnidad. Desde la fundación de Cartago en 1563 era costumbre que acudieran a dicha fiesta todos los pueblos de los alrededores, entre ellos Pacaca, Barva, Turrialba y Atirro. Los indígenas que asistían debían preparar las calles para la procesión, hacer arcos, acudir con sus cruces y pendones,

andas y santos de las advocaciones de sus iglesias. Además, en la procesión ejecutaban danzas y tocaban su música. Esta práctica aparece institucionalizada en las Ordenanzas de la Cofradía de la Inmaculada Concepción, de Cartago, aprobadas en 1594.

El modo más común de institucionalizar las fiestas y devociones religiosas fue la fundación de cofradías. En 1577 se fundó en la iglesia parroquial de Cartago la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario. Ya en 1593 se registra la existencia en dicha ciudad, además de la anterior, de tres cofradías más: Cofradía de la Purísima Concepción de María, Cofradía de la Santa Vera Cruz y Cofradía del Santísimo Sacramento. Las cofradías tenían como propósito colaborar con la Iglesia en el desarrollo del culto a una determinada advocación y llevar a cabo acciones piadosas para la propia santificación y para beneficio de los cofrades y de la sociedad. Para fundar una cofradía se conseguía primero alguna imagen del titular; luego, por medio de limosnas u otras donaciones, se comenzaba a formar un "hato" y cuando se tenía un número suficiente de reses se pedía licencia a la Curia de León (Nicaragua) para la erección de la cofradía y para la espiritualización de sus bienes. Y junto a la petición de aprobación se enviaban las Ordenanzas o Estatutos que regirían esta asociación.

Según estudios realizados por Monseñor Sanabria (1899-1952), segundo Arzobispo de Costa Rica, las cofradías eran más bien asociaciones laico-religiosas por razón del destino que se daba a las limosnas y del fin. Se proponían no tanto el fomento de la verdadera piedad individual de los agremiados, sino el esplendor del culto en general y la celebración solemne de las fiestas de los santos titulares. Pero, en realidad, las cofradías no se limitaban a una labor meramente religiosa, sino que tenían funciones sociales de gran utilidad: el socorro de los pobres, el amparo de los huérfanos, el patrocinio de las doncellas desvalidas y la corrección de los cofrades descarriados, entre otras funciones.

Según se desprende de las Ordenanzas de las cofradías, éstas estaban integradas por todo tipo de personas: españoles o blancos, indios, negros mulatos y mestizos bajos. Y la mayoría de los cofrades eran agricultores.

La autoridad eclesiástica desde muy temprano trató de corregir desviaciones y cortar las expresiones mundanas de las cofradías. Así encontramos que en la visita episcopal del señor Obispo

Fray Benito Garret y Arlovi a Costa Rica el 15 de septiembre de 1713, publicó un edicto prohibiendo bajo pena de excomunión *la-tae sententiae* y 50 pesos de multa aplicables a las cofradías que en lo venidero utilizarán los fondos de las mismas en poner en las festividades corros, comedias, torres, zarabandas u otros bailes, debiéndose concretar las festividades únicamente a la misa, vísperas, sermón y procesión.

En determinados casos, como el de calamidades públicas, el fervor y devoción por el titular de una cofradía cobraban mayor fuerza; y las procesiones adquirían el carácter de “rogativas” para obtener el auxilio divino. Un ejemplo de esto lo tenemos en las procesiones que se llevaron a cabo en Cartago, entre febrero y marzo de 1723 debido a los temblores y erupciones de piedra y cenizas del volcán Irazú. Otro ejemplo de rogativa pública lo tenemos cuando en marzo de 1665 desembarcaron en Portete los capitanes ingleses Mansfield y Morgan con un grupo de 500 y 700 hombres para conquistar Costa Rica. Cuando nuestro Gobernador, don Juan López de la Flor, se aprestaba en Quebrada Honda a enfrentarse a los invasores, los vecinos de Cartago acudieron a Dios sacando en procesión la imagen de Nuestra Señora de Ujarrás. La retirada de los ingleses sin ningún ataque se atribuyó a una intervención directa de la Providencia Divina por intervención de la Santísima Virgen.

La evolución y desarrollo de las cofradías se vio afectada a fines del siglo XVIII por factores derivados de la vida y problemas de la metrópoli. La economía de la Corona española estaba agobiada por una deuda cada vez mayor y el Rey para hacerle frente a este estado de cosas, decidió utilizar los bienes de “manos muertas” y otros en manos públicas, que en aquella época constituían un enorme capital en España y sus dominios. Por Decreto Real del 19 de septiembre de 1798, Carlos IV dispuso la desamortización de los bienes eclesiásticos. Aún cuando en España este decreto entró en vigencia inmediatamente, en nuestro país no se aplicó sino hasta 1805. Al decreto anterior hay que añadirle las disposiciones del Decreto Real del 15 de octubre de 1805 que afectaban el gobierno de todas las cofradías, hermandades y congregaciones de los dominios de Indias. Entre 1805 y 1809 se procedió en Costa Rica al remate de bienes de las cofradías.

Con la Independencia, las devociones populares, en lo básico y general, continuaron como en tiempos de la Colonia. La siguiente legislación importante al respecto fue la emitida en mayo de 1833 por el Jefe de Estado. En ellas se da jurisdicción a las municipalidades para llevar el control financiero de las cofradías y se les encarga nombrar un Mayordomo general dentro de su respectiva jurisdicción, para recaudar e invertir los productos de los capitales resultantes del remate de los bienes. Se aprovecha la oportunidad para reducir las festividades o celebraciones de los santos y prohibir el establecimiento de nuevas devociones; es decir, que los fondos de las cofradías se utilicen para celebrar nuevas festividades que supongan oportunidad de suspender los trabajos y distraer en nuevos propósitos los fondos píos. De modo indirecto, también se establece la prohibición de crear nuevas cofradías.

Después de la aplicación de esta normativa de 1833 la vida de las cofradías se extinguió en muchos casos, o quedó reducida a un estado de supervivencia que no habría de resistir mucho tiempo. Mientras las cofradías, por disponer de medios económicos que ellas mismas administraban, fueron capaces de organizar y mantener las correspondientes festividades con ocasión del culto a su Patrón, había un natural interés entre las gentes por pertenecer a ellas y contribuir para las festividades. La posición del Mayordomo o del Oficial eran cargos que tenían adscrito un determinado prestigio entre la población y se tenía por honor además ser “patrona” o “mantenedor” en las fiestas del Santo o en las novenas solemnes que en esa ocasión se celebraban.

Cuando Monseñor Llorente, primer Obispo de nuestro país, se hizo cargo de su gobierno diocesano en 1851 ya no existían, con excepción de algunos lugares en Guanacaste, cofradías al estilo de la Colonia. Llama la atención que siendo la devoción a Nuestra Señora de los Angeles de carácter nacional y de vigencia permanente en el país, la respectiva cofradía ya prácticamente no existía. Y es que dicha cofradía estuvo en esa situación hasta 1918, cuando Monseñor Gaspar Stork restableció canónicamente la Cofradía de la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de los Angeles y emitió un nuevo Reglamento, tomando en cuenta que algunas de las antiguas Ordenanzas eran de difícil aplicación en estos tiempos.

Desde el punto de vista de la devoción popular, el que no exista la cofradía conforme a la usanza anterior no ha afectado la expresión del sentir popular hacia su santo Patrono. Esto se hace patente, por ejemplo, en el fervor y devoción hacia la Reina de los Angeles, cuyas fiestas se celebran durante el mes de agosto hasta la "pasada", ahora el primer domingo de septiembre, donde hay una amplia participación de individuos y grupos.

Volviendo a los primeros años de vida independiente, podemos decir que en la época republicana las devociones populares, en lo básico y general, continuaron formando parte de la vida costarricense. Esto ocurrió así porque la nueva estructura político-administrativa mantuvo frente a la religión Católica y sus manifestaciones la misma línea que venía desde la Colonia y esto entonces no provocó ningún choque con los patrones cultural-religioso de nuestro pueblo.

Jurídicamente, el Estado ha mantenido a lo largo de la historia los principios que a este respecto define la Constitución de Cádiz de 1812. En lo que toca a la estructura de la organización eclesiástica, hasta la creación de la diócesis de Costa Rica en 1850, seguimos formando parte de la Provincia Eclesiástica cuya metrópoli era Guatemala, con dos sufragáneas, Comayagua (Honduras) y León (Nicaragua). De aquí que éramos parte de la diócesis de León, autoridad representada en el país por el Vicario Foráneo que residía en Cartago. Bajo la jurisdicción de León, o como diócesis independiente a partir de 1850, se continuó con las prácticas religiosas conocidas, pues no hubo hecho o fenómeno socio-político que afectara en lo básico.

### **La devoción más arraigada en la religiosidad costarricense: Nuestra Señora de los Angeles**

Cuenta la "leyenda" que en la mañana del 2 de agosto de 1635, en un lugar llamado "Puebla de los Pardos", en la provincia de Cartago, una joven mestiza de nombre Juana Pereira, andaba buscando leña para cocinar los alimentos, cuando encontró sobre una piedra donde nacía un manantial de agua cristalina, una "muñequita" de piedra con un niño en sus brazos. En la tarde de ese mismo día, al ir otra vez al bosque, se sorprende al encontrar sobre la misma piedra la misma imagencita de la mañana. Creyendo que era otra "muñeca", muy contenta se la lleva para su casa; sin

embargo, al llegar a su hogar, nota que la otra imagen no está en el lugar en el que ella la había dejado.

Al día siguiente, le volvió a suceder lo mismo, por lo que asustada, fue a la casa del sacerdote del lugar, Padre Alonso de Sandoval, a notificarle lo sucedido; el Padre guarda la imagen en una caja y se desentiende del asunto; sin embargo, al día siguiente cuando la fue a buscarla, ya no estaba en la caja. Juana, al ir de nuevo a recoger leña se vuelve a encontrar la imagen y corre donde el Padre Sandoval. Éste decide tomar la imagen y llevarla hasta la iglesia de la localidad y guardarla en el sagrario. Al día siguiente, al abrir el sagrario nota que no está la imagen, por lo que de inmediato se va a la piedra y ahí la encontró, comprende entonces que en esa imagen estaba representada la Virgen María y que Ella deseaba estar en ese lugar; que deseaba que se construyera en aquel sitio una iglesia.

Este es el origen de la devoción más arraigada en el corazón de los costarricenses; la que moviliza varios cientos de miles de personas (algunos afirman que más de 2 millones). La imagen mide alrededor de 20 centímetros, es de una combinación de diferentes materiales como roca volcánica, grafito y jade. Su color es negro, de ahí el por qué se le llama cariñosamente “La Negrita”. Es de cara redonda, ojos achinados, nariz y boca pequeña. En su brazo izquierdo tiene al Niño Jesús quien descansa sobre su pecho con la mano derecha levantada en actitud de bendecir. Ambos se miran uno al otro. En la actualidad es mostrada a los fieles para su veneración en un hermoso ostensorio con piedras preciosas. En la base de esta “custodia” hay una flor de lis rematada por el ángel que sostiene la imagen de piedra.

La devoción a Nuestra Señora de los Angeles ha tenido su historia. En el siglo XVIII se inició un cambio en cuanto a la preeminencia hasta entonces de Nuestra Señora de la Limpia Concepción del Rescate de Ujarrás como patrona de Cartago. En efecto, durante todo el siglo XVII la devoción a Nuestra Señora de los Angeles apenas se mantuvo entre los pardos de Cartago. En esa época la nueva devoción persistía gracias a los sacerdotes descendientes del Capitán Juan Solano, es decir, a los PP. Sandoval, Francisco Echavarría y Domingo Echavarría.

Al inscribirse el 25 de diciembre de 1722 don Diego de la Haya y Fernández, Gobernador y Capitán General de Costa Rica

en la Cofradía de Nuestra Señora de los Angeles, se inicia una nueva etapa en la vida de esa organización, pues dicho Gobernador se constituyó en un gran propagador de la devoción a la Virgen de los Angeles.

Cuando en 1723 en la procesión de “rogativa” de Cartago se sacó a la imagen de Nuestra Señora de los Angeles junto con las otras de mayor veneración, se adelanta un paso en la proclamación de dicha advocación como patrona de Cartago. Debe recordarse que para esa fecha el Gobernador de la Haya y Fernández ya era miembro de la Cofradía de Nuestra Señora de los Angeles, de la cual fue elegido después Mayordomo.

En 1739 Monseñor Zataráin declaró festivo el 2 de agosto y en 1756, con motivo de los temblores llamados de San Buenaventura, el clero juró solemnemente “recibir, venerar y tener como abogada a María Santísima, Nuestra Señora, bajo el enunciado título y advocación de los Angeles”, juramento que prestó asimismo don José Antonio de Oreamuno, Teniente de Gobernador y lo hizo en su nombre y en el de toda la comunidad.

El 14 de agosto de 1782, Monseñor Tristán declaró por Patrona Especial de la ciudad de Cartago a dicha Sagrada Imagen (de los Angeles), y en consecuencia que la venerasen como Patrona. El 23 de septiembre de 1824, la Asamblea Constituyente emitió un Decreto estableciendo que la Virgen de los Angeles, Madre de Dios y Señora Nuestra es y será en lo sucesivo, Patrona del Estado de Costa Rica.

¿Qué factores contribuyeron para que la devoción a Nuestra Señora de la Limpia Concepción del Rescate de Ujarrás, primera devoción arraigada, fuera superada por la de Nuestra Señora de los Angeles y que el Patronato que ostentaba la primera pasara a la segunda? En primer lugar, debemos señalar que el predominio de Nuestra Señora de la Limpia Concepción del Rescate de Ujarrás en el siglo XVII se debe en buena parte a que en esa época era considerada como la salvadora del país durante la invasión de los piratas en abril de 1665. De aquí que a su nombre se agregara “del Rescate” de Ujarrás. Es cierto que en su Cofradía en Ujarrás había personas de diferentes grupos, pero su devoción era sobre todo una devoción española.



La devoción a Nuestra Señora de los Angeles tuvo a su favor en los primeros tiempos el hecho de que la imagen, por su color, se identificaba más con los naturales del país. De aquí la denominación cariñosa de "La Negrita" con que el pueblo la bautizó y que se mantiene hasta nuestros días. Esto permitió una mayor identificación entre el pueblo y la Madre Divina. La inscripción del señor Gobernador como miembro de la Cofradía de la Virgen de los Angeles y su posterior nombramiento como Mayordomo de la misma, sirvió para darle "rango" a la Cofradía y facilitó una mayor difusión del culto, dada la particular devoción que tenía don Diego de la Haya por la Negrita de los Angeles.

La devoción a Nuestra Señora de la Limpia Concepción del Rescate de Ujarrás se ha mantenido y hoy se le tiene por Capitana de las Fuerzas que mantienen el orden en el país y que, cada año, para las fiestas de la Candelaria, le rinden homenaje haciendo ejercicios de parada frente al templo y la imagen en Paraíso de Cartago. Cada año, también, se lleva la imagen en procesión hasta las ruinas de su antiguo templo en Ujarrás, donde se celebra misa solemne y en los alrededores del lugar se arman chinamos para la venta de comida y refresco para los romeros.

En cuanto al modo de celebrarse la fiesta de Nuestra Señora de los Angeles, ésta estuvo determinada por los escándalos que el obispo Tristán condenó en 1784, debido a los excesos cometidos durante las celebraciones. Al respecto, en declaración del Teniente Cura, Francisco Robredo, se indica que "sólo su Señoría Ilustrísima había podido conseguir evitar los escándalos que se cometían todos los años en las fiestas que desde el día 2 de agosto se celebraban a Nuestra Señora de los Angeles, que duraban más de veinte días y para cada uno se nombraba una patrona y un mantenedor, los que ponían en el mismo santuario comida, cena, almuerzo, aguardiente rosolé, y lo peor de todo un baile o fandango que duraba toda la noche y que con los licores y vueltas del baile eran tan grandes las borracheras, las deshonestidades y las pendencias que causaba la misma ebriedad, que no se pueden decir porque no las ha de creer ningún cristiano".

La intervención del Obispo Tristán llevó a que el Gobernador, Ayuntamiento, Religiosos y todos los vecinos de Cartago, hicieran voto a celebrar las solemnes fiestas de Nuestra Señora de los Angeles en la iglesia mayor y parroquial, llevándola en procesión

todos los años. Este es el origen de las fiestas que se efectúan durante el mes de agosto ahora en la iglesia del centro de Cartago y de la “pasada” o sea la procesión que se organiza para regresar la imagen de Nuestra Señora de los Angeles a su templo propio, una vez terminada la visita del mes de agosto.

Declarado día festivo desde el 24 de julio de 1739 por el obispo de Nicaragua y Costa Rica, don Antonio de Zataráin, hoy día es la fiesta que reúne a la mayor cantidad de personas en el país y en la que se expresa de una manera más viva y genuina la devoción del pueblo costarricense. Desde que se pavimentó la carretera a Cartago-San José, se inició el 1 de agosto en la noche una romería que año a año ha ido creciendo en cuanto al número de participantes. Prácticamente de todo el país, en la tarde y noche, una muchedumbre, casi incontable, de romeros se dirige a la Basílica de los Angeles, en Cartago. Es tal el número de personas que las autoridades de seguridad y salud desarrollan un protocolo que garantice la seguridad y el bienestar de los participantes.

Esta romería espontánea en todas sus manifestaciones, se ha constituido en una verdadera devoción popular en donde la gente, dentro de un ambiente festivo, pues llevan radios, guitarras, cantan, ríen, hacen el sacrificio de caminar toda la noche, a veces bajo la lluvia, para de ese modo demostrar su agradecimiento, devoción y adhesión a Nuestra Señora de los Angeles. Además de caminar por muchos kilómetros, una de las promesas más usuales se hace dentro de la iglesia y es subir de rodillas desde la entrada del templo hasta el presbiterio.

### **Algunas de las principales devociones**

El culto a los santos y a diversas advocaciones de la Virgen María o de Jesús lo promovieron los españoles desde el inicio de la Colonia. Considerando los nombres de los santos patrones o titulares de los pueblos, las imágenes que se veneraban en las iglesias y las fiestas religiosas que se realizaban encontramos una gran cantidad entre los siglos XVI y XVIII.

Efectivamente, los nombres de santos fueron utilizados desde comienzos de la Conquista para distinguir algunos lugares o poblaciones del país. A esto debemos unir el hecho de que normalmente se asigna a un santo, santa o advocación de la Virgen María como titular o patrono de una parroquia. Como resultado

de esto encontramos en Costa Rica hoy una enorme cantidad de lugares que llevan estos nombres. Se calcula que alrededor de 1631 lugares del país utilizan 156 denominaciones diferentes que corresponden a algún tipo de devoción popular. San Rafael resulta ser el santo más popular, si nos atenemos al número de lugares que se designan con este nombre en Costa Rica, aproximadamente 90 poblaciones.

Una de las maneras de reconocer las devociones populares, es considerar las imágenes más comunes veneradas en los templos. Esta manera, sin embargo, tiene la limitación de los cambios ocurridos en los templos en las últimas décadas. Efectivamente, como bien sabemos, dentro de la renovación litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II se encuentra la retirada de gran cantidad de imágenes que antes estaban accesibles a la veneración de los fieles. Aun así, en muchas iglesias encontramos imágenes de santos o advocaciones de la Santísima Virgen muy apreciadas y veneradas por nuestra gente. Tanto es así que muchas personas, al entrar al templo se dirigen directamente a ellas para rezarles.

Los turnos deben considerarse como una de las fórmulas externas complementarias de la devoción a los santos, a Jesús o a María. Efectivamente, el turno es la feria que se organiza con ocasión del santo patrono en la que se involucra toda la comunidad parroquial. Se organizan para hacer frente a los gastos de una fiesta patronal o una determinada advocación; para la construcción, ampliación, pintura o arreglo de un templo, capilla, o de la casa cural, para proveer a la iglesia de todos aquellos implementos que el culto requiere.

La práctica de los turnos se generalizó como resultado de la abolición del diezmo en el siglo XIX. Al no contar las parroquias con los fondos necesarios para hacerle frente a los diferentes gastos del culto; y habiendo desaparecido las cofradías que con sus propios fondos financiaban determinadas festividades religiosas, debió recurrirse a esta fórmula, mediante la cual se logra la contribución de la comunidad, de una manera agradable y festiva.

Los turnos se originan en un ambiente que facilita la participación popular, estimulan la comunicación entre los asistentes, fomenta la cooperación de los vecinos y sirven de vehículo de recreación y expansión de las gentes.

En cuanto al modo de rezar, resulta bastante difícil determinar en detalle, cuáles eran las oraciones más usuales durante la Colonia que pudiéramos incluir dentro del rubro de las devociones populares. Lo usual era entonces rezar el Rosario, la Salve, el Credo y aquellas oraciones que se enseñaban en la iglesia o se decían y cantaban en las festividades religiosas. Como los conquistadores vinieron por mar hasta nuestras tierras, muchas devociones y oraciones eran las que éstos utilizaban durante la travesía.

La manera más sencilla y cotidiana de rezar es a través de jaculatorias. Se llama jaculatoria a una oración que en forma breve, trata de expresar todo el fervor del devoto a Jesús, María o los santos. Las jaculatorias se intercalan al principio de cada Misterio del Rosario. Algunas se rezan en forma de antifona, es decir, una persona entona una parte y el coro responde la otra.

Si nos adentramos en las devociones más arraigadas en nuestra religiosidad, nos encontramos con muchas, hermosas y muy folklóricas. A continuación nos referiremos a un par de ellas.

Una de las devociones más arraigadas es la de Nuestra Señora del Carmen o del Monte Carmelo. Su imagen aparece ya en un inventario de 1692 y en la procesión de “rogativa” que se hizo en Cartago en 1723. Durante muchos años la iconografía representaba a Nuestra Señora del Carmen sobre llamas purificadoras del Purgatorio, alargando la bendita insignia del Escapulario sobre todos los que en la vida terrenal la habían llevado. A esto se refiere la promesa que aparece en novenas y otros textos piadosos de que acortará las penas de sus devotos y llevará las almas cuanto antes a gozar de la presencia de Dios.

Este tipo de estampas era muy común a principios del siglo XX; y aunque ha ido perdiendo vigencia poco a poco, al igual que la devoción a las Benditas Ánimas del Purgatorio, todavía se mantiene muy arraigada, sobre todo en personas de mayor edad. Es corriente entre las devotas, sobre todo en áreas rurales, hacer la “promesa” de vestir el “hábito” de la Virgen del Carmen, si les concede la solución a un problema o necesidad. También es usual llevar el escapulario, lo que hacen no sólo durante la festividad de la Virgen, sino en particular cuando se trata de prevenir un mal o peligro físico o espiritual.

Ya a principios de 1900 Nuestra Señora del Carmen era la Patrona de los navegantes en Puntarenas. En 1913, a partir de un acontecimiento milagroso se inició una hermosa tradición conocida como “La fiesta de la Virgen del Mar”. Ésta reúne a miles de personas y consiste en engalanar las embarcaciones del puerto y en un remolcador transportar a la Virgen del Carmen en una hermosa y lucida procesión en el mar.

Otra procesión muy arraigada es la Procesión jurada del Corazón de Jesús en Alajuela. Esta devoción tiene origen en los temblores que afectaron al país en 1910 y en los años siguientes. Como en Alajuela seguía temblando fuerte, el cura párroco de la Catedral hizo gestión con los vecinos para hacer un acto de consagración de la ciudad al Corazón de Jesús y organizar una procesión el último domingo de junio, como manifestación pública de adhesión al Sacratísimo Corazón de Jesús.

El trayecto de la procesión se decide cada año, de manera que se alternen los sectores de la ciudad que se recorre uno y otro año. La procesión sale siempre de la Catedral y regresa al mismo lugar. Los vecinos devotos hacen altares buscando no sólo dar lucimiento al acto sino también hacer representaciones de carácter litúrgico en honor del Corazón de Jesús. Esta procesión es muy concurrida y el acompañamiento musical está a cargo de la Banda de la ciudad.

La devoción al Dulce Nombre es otra de las tradiciones importantes y existe en Costa Rica desde la época colonial. En la iglesia parroquial de Cartago, en 1656 había un altar dedicado al Dulce Nombre lo que nos demuestra que ya entonces se tenía esta devoción.

Se llama Dulce Nombre a una imagen que representa a Jesús a la edad de unos diez o doce años, de pie y con una cruz de tipo redondo que sostiene en la mano izquierda. La llamada procesión del Dulce Nombre se inició en San José en 1856, con ocasión de la peste del cólera que trajeron al país los soldados que fueron a pelear contra los filibusteros en Nicaragua. En junio de 1856 se hizo una rogativa del Dulce Nombre para que cesara la peste. En la actualidad, la imagen original, que data del siglo XIX, se encuentra en la iglesia del Carmen, de donde sale la procesión y recorre varias calles de San José.

No podemos concluir este recuento de devociones sin referirnos a una de las más arraigadas en el seno de las familias costarricenses: el Rezo del Niño.

En Costa Rica se llama “rezo del Niño” al rosario y otras oraciones que se rezan en la casa el día en que “se quita el portal”. Se llama portal o “Pasito” a la escenificación del nacimiento de Jesús mediante figuras que se colocan en un sitio preparado al efecto.

El rezo del Niño varía en la fecha en que se celebra. Se inicia después de Navidad y llega hasta el día de la Candelaria, el 2 de febrero. Tiene un predominante carácter familiar. Se reúne la familia y se invita a los vecinos. En unos casos las oraciones y el rosario lo dirige o realiza un miembro de la familia. En otros casos, se contrata un “rezador” profesional. Cuando se contrata a este último, generalmente lleva su propio conjunto musical para acompañar los cantos que se entonan o para hacer dúo o trío al rezador.

Es usual que la concurrencia haga coro en las Ave Marías que se entonan al final del Rosario, en las respuestas a las Letanías y en el Alabado. Cuando el ambiente es más familiar, los concurrentes entonan todas las canciones que se intercalan en los Misterios. Cuando hay música, lo más común es un conjunto integrado por guitarras, o por guitarras y violín y algún otro instrumento. En cuanto al rosario mismo, de acuerdo con el estilo y conocimiento del rezador, se agregan oraciones y cantos dedicados al Niño Dios y a la Virgen María. El rezo generalmente termina con el “Alabado”.

Al finalizar el rezo se reparte comida y algo de beber a los asistentes. Como bebida típica se tiene la chicha, cuyo sabor y consistencia es diferente según el área del país. En algunos casos se tiene además rompopo o una mistela suave. El chocolate es la bebida que se deja para el final. En donde tienen posibilidades de hacerlo, se reparte “pan casero”, dulce o salado, bizcocho y algún dulce como “cajeta”. Según el área del país, habrá picadillo de papa, arracache, de chipaquil o de alguna combinación de verduras. La cantidad y variedad de platos estará de acuerdo con las posibilidades de los dueños de la casa.

Finalmente, la época del año por excelencia que concentra y expresa las devociones y tradiciones más arraigadas en nuestra gente es, sin duda alguna, la Semana Santa. Aunque en los últi-

mos años, una gran cantidad de personas aprovechan estos días para descansar en las playas o en las montañas, aún se mantiene vivo el fervor. Muchas cosas podríamos decir del modo como se vive la Semana Santa en Costa Rica. Por razones de espacio, sólo mencionamos las expresiones externas más características; las procesiones, las palmas benditas, el Monumento, el Huerto, el "Calvario", el Santo Sepulcro y la celebración de Pascua.

### **Algunos aspectos positivos y negativos de las devociones populares**

Después de este breve recuento histórico-descriptivo de las expresiones de fe y devoción más arraigadas en el corazón de los costarricenses es importante hacer, aunque sea de forma breve, algunas reflexiones sobre ellas.

En primer lugar, debemos decir que el recuento que hemos hecho de devociones y tradiciones religiosas heredadas de la Colonia, así como las que se conservan más populares y arraigadas en la actualidad, no agota las existentes. Es impresionante la enorme cantidad de expresiones de devoción y la riqueza que en ellas encontramos. Por razones de espacio no nos hemos referido a muchas otras que se conservan vivas y muy bien arraigadas en el corazón de nuestra gente.

En segundo lugar, estas devociones si bien es cierto que tienen su origen en la Colonia y se propagan y enraízan en una sociedad eminentemente rural, como hasta hace algunos años era la sociedad costarricense, el proceso de urbanización y los cambios que esto ha traído en la mentalidad de la gente, no ha afectado sustancialmente las devociones arraigadas en la religiosidad costarricense. En efecto, las devociones que hemos mencionado y las expresiones religiosas son parte de una mentalidad rural prevaeciente, aún en las ciudades, y los cambios urbanos ocurridos en los últimos años no han afectado dichas devociones. Basta con ver, por ejemplo, el fervor con que las personas, de los más diversos lugares del país, pueblos y ciudades, así como de los diversos estratos sociales, viven la romería de la Virgen de los Angeles. O las procesiones que se realizan en el centro de San José durante la Semana Santa y en mucha otras ciudades del país.

Estos modos de vivir la fe y expresarla, tan variadas y tan ricas, tan arraigadas y tan valiosas, tiene sus aspectos positivos y sus aspectos negativos. Como ya decíamos en la introducción,

lamentablemente no existen estudios recientes sobre esta cuestión. Cada año se hacen encuestas y estudios puntuales sobre la romería a la basílica de Nuestra Señora de los Angeles. Pero estos estudios ponen atención sólo en números, no se adentran en cuestiones más profundas. Sin pretender a hacer un análisis de ningún tipo, enumeramos algunas de los aspectos positivos y negativos que saltan a la vista.

Entre los aspectos positivos podemos mencionar, en primer lugar, que estas devociones recogen los valores religiosos, morales y culturales más auténticos del pueblo costarricense. En efecto, valores como la generosidad, la solidaridad, la alegría, el respeto, la fidelidad, la expresión del talento artístico, en todas sus formas, son sólo algunos valores que encontramos en las celebraciones litúrgicas y populares.

En segundo lugar, estas devociones y tradiciones son un modo de cohesión social que une, sin distinción racial o de estrato social, al pueblo costarricense. Las celebraciones reúnen en un mismo fervor y devoción a personas muy diversas. Basta con ver en los pueblos las celebraciones de su santo patrono, o la participación, tanto en pueblos como en ciudades, en las actividades de la Semana Santa. Y el ejemplo más claro de esto es la romería a la basílica de Nuestra Señora de los Angeles. En esta última, caminan, rezan, cantan y rinden tributo a la Negrita de los Angeles gente muy diversa en todos los sentidos. La devoción y el fervor es el mismo en personas con formación académica muy alta y en gente sencilla, en niños, jóvenes y adultos, sólo por mencionar algunos ejemplos.

En tercer lugar, estas devociones son la expresión de una fe muy arraigada. Son el modo más sencillo de expresar dicha fe. Lógicamente la inmensa mayoría de nuestra gente no sabe nada de teología, ni de teorías que sobre esto puedan hacer la fenomenología de la religión, la sociología de la religión o la psicología de la religión. La gente simplemente vive estas devociones con una convicción firme y una fe sencilla, pero muy profunda.

Entre los aspectos negativos podríamos mencionar, en primer lugar, la separación que se presenta muchas veces entre la fe y la vida cotidiana. Al igual que en muchos otros lugares y sectores de la Iglesia, se presenta con frecuencia la incoherencia entre la fe y la vida. Una cosa es la devoción y el fervor con que se viven



las fiestas, la Eucaristía dominical y demás devociones tradicionales, y otra cosa es la moral con que se vive la vida cotidiana. Por ejemplo, con frecuencia las personas viven con angustia la falta a la Misa dominical, pero no les preocupa aspectos morales más graves de su vida como el trato justo a sus empleados, o los problemas sociales que se viven cotidianamente. Podríamos formularlo sencillamente como una separación entre la fe y la conciencia de un compromiso social.

En segundo lugar, estas devociones tan arraigadas llevan a las personas a vivir la fe cristiana más como una cuestión de tradiciones y devociones que como un seguimiento de Jesucristo, comprometidos con la causa del Reino de Dios. De hecho, muchas veces, la persona de Jesucristo pareciera que no cuenta. Es más importante tal santo o tal advocación de la Virgen María que el mismo Jesucristo. Con frecuencia vemos en los templos, que las personas al entrar se dirigen a las imágenes de los santos o de la Virgen, rezan con mucha devoción, y luego se retiran sin haberse detenido un momento frente al Sagrario. O bien, las personas conocen mejor la vida de los santos que el mismo Evangelio.

En tercer lugar, todas estas devociones promueven mucho el fervor religioso, pero no un compromiso de servicio a la Iglesia. El rezo de novenas, coronillas, trisagios, etc. así como el “ofrecimiento” de misas a santos lleva a las personas a vivir una espiritualidad de corte narcisista, con un alto contenido de sentimentalismo, pero no un compromiso serio en una pastoral permanente en las parroquias. No podemos negar que con mucha generosidad las personas colaboran en actividades concretas; y si se les pide ayuda para cosas puntuales, son muy colaboradoras; pero no suelen comprometerse en un servicio permanente en alguna de las áreas pastorales básicas de las parroquias.

### **A modo de conclusión**

Ciertamente la religiosidad popular contiene una extraordinaria riqueza. Documentos importantes de la Iglesia en América Latina reconocen su valor y su importancia, al tiempo que advierten de sus peligros. En el caso de Costa Rica, es notable el arraigo que tiene en la cultura y mentalidad de nuestra gente. Forma parte de la identidad de la Iglesia costarricense y es el motor que mueve la vida de los creyentes católicos. Desde el punto de vista pastoral, esto tiene sus ventajas y desventajas, sus fortalezas y debilidades.

Lo anterior es algo que no podemos ignorar o descartar a la hora de hacer planes pastorales. Efectivamente, toda acción pastoral, todo intento de renovación o revitalización de nuestra pastoral debe tener en cuenta este elemento e incorporarlo en los proyectos pastorales. Es un potencial que debemos aprovechar pastoralmente y encauzarlo adecuadamente.

Aunque se han hecho esfuerzos, algunas veces aislados, de “purificar” esta religiosidad, todavía falta mucho por hacer. Desde el reconocimiento de su valor, respeto, conocimiento profundo y acogida, este modo de vivir y expresar la fe de nuestra gente es un instrumento importante para revitalizar nuestras comunidades eclesiales y renovar nuestra Iglesia desde las iglesias locales que son nuestras parroquias.